



Adiós Parnaso

Alejandro Arrieta

Poesía

Editorial Ínsula Barataria

Adiós Parnaso

CALLE
GARCIA LORCA
Z.P.1

Alejandro Arrieta
Poesía

Adiós Parnaso

Alejandro Arrieta

Ciudad de México 1979.

Poeta, novelista y cuentista.

Hasta la fecha tiene más de tres mil poemas escritos.

**CALLE
GARCIA LORCA
Z.P.1**

Alejandro Arrieta
Poesía

A la noche.

Suave pasa la noche

tiene semblante de nostalgia,

es de color ámbar.

bendita noche que me cobijas

hermosa nostalgia que me acompañas.

¿De dónde vengo quizá preguntes?

Eso poco importa, te respondo.

Lo importante son las estrellas, la luna

y tu presencia.

Que hermosa eres noche.

Hermosos tus minutos,

tu aire, tu altanería.

Permíteme contemplarte ébano misterioso,

cristal oscuro,

beso inquieto.

Quisiera darte un obsequio,

tal vez el mar, quizá una nube,

pero estas cosas no me pertenecen,

así que solo puedo darte estos pensamientos

si los quieres te los entrego para que los beses.

Adiós Parnaso

Tintineo

luz ámbar

soledades

¡Cuántas soledades!

Hay las que se asoman al balcón,

las que arrojan besos

como macetas al precipicio.

Vengan soledades

hablemos,

discutamos nuestros

asuntos,

bebamos café tibio.

Les propongo un viaje

soledades,

huyamos.

Veo que la idea les agrada,

les encanta la idea de huir.

¿A dónde?

¡Cómo saberlo!

Alistemos maletas,
solo lo necesario,
dicen ustedes,
me parece correcto.

Unos cuantos versos,
los libros de Machado,
Lorca y Hernández.
La estatuilla del Quijote,
el viejo tablero de ajedrez,
el saco de terciopelo,
los zapatos de gamuza,
la corbata de seda comprada en las rebajas.

¡Ahora uso corbata!

Venga pues, soledades
preparemos las cosas.
No olvidemos apagar la luz,
correr las cortinas,
asegurar con llave la puerta.

Venga soledades,
partamos.

Clown

Entonces el hombre se puso el pantalón
a cuadros, la camisa estridente, la faja,
la corbata gruesa; se ajusto todo; se miró
al espejo, ensayó unas cuantas formas distintas
de sonreír.

Después encendió un cigarrillo, no lo fumó,
-nunca lo hace, lo enciende solo para “matar
los nervios”.

De la vieja maleta saca un estuche con maquillaje,
los blancos, los rojos, los amarillos, los verdes.

Toma un poco de acá y un poco de allá.

Pone aceite de almendras en su rostro
luego aplica la base rosa en su rostro, solo un poco,
luego vendrá el blanco y así sucesivamente,
hasta que él no sea más el hombre gris y sobrio
que conocen en su vecindario.

Entonces este hombre toma su maleta,
sale del pequeño cuarto, mira a su alrededor:
cientos de pares de ojos le miran, le inspeccionan.

El no quiere perder más tiempo.

La jornada que hay por delante es larga y además
odia el hacer esperar, ama la puntualidad.

Las risas pronto dominan el ambiente.

El hombre aquel y su caracterización
lo han hecho de nuevo.

Más tarde, al concluir la jornada y ya sin maquillaje
volverá a ser el tipo tímido
que casi nadie saluda en su vecindario.
Quizá pase a la tienda y compre un poco
de pan y café
o tal vez solo unos cigarrillos.

El hombre leerá el diario y mirará a la gente
a través del cristal de la ventana
mientras practica unas cuantas sonrisas
para el próximo show.

El viejo cine

Para el viejo cine Juan Orol

Recuerdo el viejo cine de mi niñez.

Programa doble, entrada a mitad de precio

y dulces rancios.

Las salas aún presumían con altivez

su pasado esplendor.

Las butacas rechinaban al mínimo movimiento.

Pero eso era lo hermosos del asunto.

Allí me enamoré cada tarde de la actriz estelar

y juré cada vez crecer pronto para conquistarla.

Viejo cine cuantas cosas me enseñaste, cuantos sueños

permitiste que fluyeran en mí.

Un mal día dimos la vuelta mi padre y yo por la esquina

que daba al cine, vimos una manta grande

que decía: "cerrado por remodelación".

El cine nunca más fue reabierto,

el gobierno lo vendió

-¿Cuánto les habrán dado por mis sueños?-.

Mi padre y yo hicimos el camino de vuelta,

tristes.

Ahora nos sobraban horas por las tardes,
al viejo amigo lo habían jubilado.

Estatuilla

La estatuilla del Quijote vale setenta pesos.

mi mujer dice que esos mismos setenta pesos

bien podrían costear el desayuno de ambos.

Yo le digo que por mí no se preocupe,

un hambre –la mía-, bien puede soportarse

a cambio de tener en el librero una pequeña imagen

de aquél que tantas hambres y desventuras soportara.

Mi mujer endurece el gesto.

No es momento de tirar el dinero –dice-.

¿Quién le ha dicho a esta mujer que hacerse de una estatuilla del

Quijote es tirar el dinero?

¿Acaso no sabe que sucederá con los alimentos que se lleve a la boca?

Después de un tiempo los arrojará, los defecará, para ser precisos.

El Quijote me mira y yo a él.

No me mires así amigo, que no puedo llevarte.

No es por mi culpa,

es por culpa de la situación económica mundial

que lacera mi bolsillo

y de esta mujer

Que sino cumplo con mis obligaciones alimentarias

es capaz de llevar esto

ante el juzgado familiar.

Un buen día de estos, amigo, vendré

por ti.

Cuando mi situación económica haya mejorado

o cuando me haya librado de esta mujer.

Por lo pronto Quijote amigo

sigue cosechando desventuras,

tristezas y hambres

para que charlemos acerca de ellas

cuando pueda llevarte conmigo.

La noche y los sueños

Venía la noche
era duende
venía y pedía alimento
yo era tan pobre
entonces
no tenía que ofrecerle.
Ah! solo sueños,
sueños y más sueños
quién come de ellos,
quién los engulle
más aún
a qué saben
los sueños.
-quién responde-

Pero en aquellos años venía
la noche y se sentaba
fumaba un cigarrillo
y me miraba
¡qué otra cosa podía hacer!
ella tan inquieta
y yo tan simple
tan sobrio

tan ensimismado

tan meditabundo siempre.

Por aquellos días yo me entretenía

respondiendo crucigramas,

escuchando la radio

y mirando por la cortina.

Venía la noche entonces

y se compadecía,

era duende

-ya lo he dicho-

pobre noche

era tan noble.

Pero llegó el momento

en que la noche

se cansó de mascar sueños

y se fue,

no volvió.

Aún de vez en cuando

me quedo despierto,

no sé, quizá en una de esas

vuelva

aunque sino lo hace

no la juzgo mal por eso.

como antes,

solo tengo sueños.

Llegan los recuerdos

A la memoria de Fernando Pessoa

Allá vienen de nuevo los recuerdos.
No sé quien los invite a venir,
no sé quien les quiera convidar.
Intenté cerrar la puerta a tiempo
pero sucede que la chapa está algo descompuesta
y fue inevitable su entrada.

Ahora aquí están los recuerdos
¿Qué haré con ellos?
¿Qué les diré?
no puedo echarlos,
tampoco soy tan mal tipo.

Distraído que soy, olvidé que los recuerdos
siempre hacen su arribo en junio.
Igual que lo hacen las mariposas cada año
-aunque no sé si lo hacen también en junio-.

Pero los recuerdos no son inofensivas mariposas,
por el contrario, son navajas volantinas que si te descuidas
te hacen daño,
te pueden cortar, te pueden dejar llorando.

Por eso aunque estoy nervioso, les muestro una cara amable.

Oculto mi nerviosismo, les miro directo, les sonrío, no me distraigo
ni un momento.

Los recuerdos beben café,

se sientan en el sofá rojo.

Encienden el viejo televisor,

leen los diarios atrasados.

Los recuerdos me retan en partidas de ajedrez

en las que con un aire de lástima me dejan ganar.

Así son los recuerdos.

Extraños,

aparentemente inofensivos,

cruels si se sienten atacados;

ingenuos algunas veces.

Los recuerdos se van a dormir hasta muy entrada

la noche.

Hacen una seña con la mano y se recuestan en la cama,

no se cubren, no roncan.

A la distancia parecen un niño enfermizo.

Al amanecer los recuerdos se despiden de una

manera tan sobria

que parecen extraños,

desconocidos.

Al marcharse los recuerdos

en seguida puedo ver a lo lejos

una silueta que se aproxima

y que reconozco al instante.

Es una silueta femenina.

Es la soledad que ha vuelto de su viaje.

Pequeña canción

Dedicado a quien nadie antes le ha sido dedicado un poema

Se cayeron de mi sueño
tus ojos
no hicieron ruido;
rodaron, se quebraron.
Sus cristales líquidos
aguamarina
mancharon la tela
frágil de la nostalgia.

Se cayeron de mi sueño
tus ojos
y mi sueño se quedó
solo.
Solo, triste, vagabundo,
ausente, loco.

Se cayeron de mi sueño
tus ojos.
Alcé las astillas frágiles
las llevé a mi boca,
las besé
entonces supe tus secretos.

Poema con dedicatoria

A Víctor Jara

Por lo menos no podrán negar
que escucharon tu voz.
No podrán decir que no eras aquello
que decías.

La voz fluía y tomaba vida propia,
entonces se elevaba,
creaba imágenes en el cielo
y acuarelas en los rostros
de los que te escuchaban.

Ahora tus inquisidores
se apresuran a realizarte grandes homenajes,
vaya que las cosas cambian.

Pero tú, tan ajeno a esto,
nos sigues sonriendo en la memoria.
Ahí estás, inmóvil, indeleble.
Escuchamos tu voz, atendemos tu recuerdo
no por el mero afán, tu lo sabes.

Ahora descansa hermano, ya llegará el día

que te levantes de donde estás.

Estaremos a la espera entonces.

Primera.

Fuiste a la primera mujer que besé.

Fue un beso suave, fresco, sabor a goma
de mascar y temores nuevos.

Ahora a años de distancia de aquel primer encuentro
pregunto por ti en las calles, en los paraderos,
en los negocios, en las charlas informales.

Pero sucede que nadie te conoce.

Nadie da razón de ti.

Algunos se inquietan, otros me miran, se ríen,
me toman por loco.

Nadie sabe algo, aunque sea un poco.

Nadie sabe de ti.

Estás tan cerca y tan ausente,
tan presente y tan distante.

Beso húmedo de honda huella,
tengo tu aliento en los labios,
tu perfume en el olfato,
tu silueta en el recuerdo.

Pero nada sabe nada

de la primera mujer

que besé

y amé.

*“...un poco la mar y un poco la arena”
-Patxi Andión-*

Un poco

Un poco el amor

un poco la nostalgia,

un poco el día

un poco la noche oscura

con su dolor y su pena.

¿Qué soy?

¿Qué espero?

¿Quién me aguarda expectativas?

¿Quién me sonreirá?

Unos cuantos pies cansados

algunas calles mojadas

un poco de lluvia de agosto

un poco de vaho de los cristales

un poco de esa sombra olvidada

un poco de alegría para las palomas

al pacer.

¿Quién se extraviará conmigo?

¿Quién tocará mis labios con sus dedos

y dirá amén?

¿Quién leerá mis versos y orará por mí?

¿Quién consolará mis derrotas?

¿Quién sanará mis heridas?

¿Quién levantará mi cuerpo entumecido?

Un poco de romance

alguna ocasión para reír.

Alguien que diga si me recuerda

un poco.

Yo

Yo que solo quería mirar tu rostro
yo que solo quería hablarle a la noche
yo que no tenía más batalla que la tarde.

Mira, voltee la mirada
y pude ver entonces la tristeza de los otros,
el cansancio, el hartazgo.

Yo que solo quería cantarte por siempre mi única
canción
mira ahora
cuanta desolación tengo.

yo que solo quería entretenerme con tus horas
ahora necesito abrigo, un abrazo
y un verso.

Yo que solo quería contemplarte;
que acumulaba pétalos
para obsequiártelos en invierno

Mira ahora,
no tengo versos

estoy hambriento.

Yo que solo quería decirle
a la noche cuanto me gustan
sus cabellos,
cuanto el cáliz
de su luna
cuanto la mar inquieta.

Yo que lo único que hacía
era arrojarle besos a las nubes;

Yo que me entristecía al ver
cada tren partir,
que colgaba poemas en los andenes,
mira ahora
estoy tan solo,
tan viejo,
tan sucio.

Yo que solo quería pasarme las
tardes viendo a las palomas
en su función estelar
en la plaza principal
mira ahora ya no tengo hogar,
ni cama, ni silla.

Yo que solo pensaba en música

y en sueños

ahora solo esta soledad

y este silencio;

este escaso sentido

aun vivo

aun en movimiento.